



MAURICIO TENORIO TRILLO

Maldita  
lengua

La Huerta Grande  
Ensayo

# Maldita lengua

COLECCIÓN DE ENSAYO

La Huerta Grande

Mauricio Tenorio Trillo

# MALDITA LENGUA



La Huerta Grande

EDITORIAL

2016

© De los textos: Mauricio Tenorio Trillo  
© Del prólogo: Agustín Cereales

Madrid, enero 2016

EDITA: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-944603-2-6  
D. L.: M-39058-2015

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación  
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdeparra, 27 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

## PREÁMBULO

EN ALGÚN TEXTO INCLUÍ EMBUSTES y anécdotas de don Ignacio Merlina y Rapaport, un viejo exiliado de la Guerra Civil española, maestro informal de media docena de imberbes mexicanos que a finales de la década de 1970 frecuentábamos su casa, allá por rumbos de Río Guadiana, a la vera de El Paseo de la Reforma en la Ciudad de México. *Maldita lengua* es el sabor de vida que me dejó don Ignacio. Porque hablando, hablando con los supervivientes de aquellas tertulias, me decido a transcribir lo que flote en el mar de mis recuerdos de don Ignacio, señor que no tuvo ni cátedra ni discípulos, ni rama ni fama, *rara avis* que con sus libros se ganó una buena vida, aunque poco envidiable para académicos de número o para intelectuales de renombre, en España o en México. Era un incordio, de ahí su meridiana oscuridad en la iberísima república de las letras («Una doble hipérbole, si las ha habido —decía don Ignacio—, ¿como cuántas letras, *nensi*?, ¿por qué república? Altepeltl

[ciudad-estado mexicana] de las figuritas policromas: he aquí más arrimo entre la cosa y su nombre»). Digo, pues, que cargante como era, don Ignacio fue ignoto y esquivo. Los que nos nutrimos de sus consejas, los que distinguimos sus contribuciones entre las líneas de escritores de fama, hemos atesorado, sin esquema ni sistema, anécdotas y lecciones.

La memoria no es de fiar, se imita a sí misma, así que he recurrido a las notas de amigos, incluyendo las de don Ignacio cuando fue posible para cotejar los recuerdos y mantener en alta estima a la fidelidad. Agradezco a la familia de don Ignacio que con largueza me dio acceso a sus apuntes y biblioteca, aunque bajo la promesa de guardar el anonimato sobre la ubicación y el destino del legado, así como sobre la vida personal de nuestro querido *mestre*. Cosa que cumplo a pie juntillas.

M. TENORIO TRILLO

Chicago, Ciudad de México, Barcelona  
(2013-2015)

## ERUDICIÓN

[Esta fue la primera anécdota de don Ignacio que di a conocer (*Culturas y memoria*, México, Tusquets, 2012). Sirva al lector de breve presentación del maestro y su oficio]:

Don Ignacio Merlina y Rapaport, ilustre bibliófilo y hombre de memoria bien plantada pero desunida, entregaba entradas filológicas a quien las solicitara. Su especialidad era encontrar el uso de palabras y conceptos en castellano, desde el momento que tal vernácula conoció la letra impresa. Otro servicio que ofrecía era encontrar trasunto hispano para cualquier materia del conocimiento humano; y es que de un repente en las universidades de Europa y Estados Unidos se hizo menester emancipar el lado castellano de lo que era ratificado como verdadera erudición, aunque fuera en gran medida la sabiduría del *English only*. Si de Harvard pedían cita para adornar los vericuetos filosóficos de las planicies entre William James, Henri

Bergson y, un decir, Rabindranath Tagore, don Ignacio a vuelta de correo correspondía con largas citas de Santiago Ramón y Cajal sobre los entreveros neuronales. Escrito en lápiz rojo, enviaba el original en castellano, y en lápiz negro la traducción a la lengua que le requirieran, de común inglés. Y si el pedido era de un paralelo para Edward Gibbon, les enviaba traducción castellana de los escritos italianos de don Francisco Xavier Clavijero. Lo que más deleitaba a don Ignacio era mandar ecos de poesía para cualquier rima francesa, inglesa, alemana o italiana. Había construido índices detallados, por palabra y tema, de todo, desde las antiguas xarcas medio castizas, los versos en gallego-portugués de Alfonso el Sabio, hasta los románticos españoles, argentinos, filipinos, mexicanos o paraguayos. Si de Berlín o Princeton le solicitaban un eco de Paul Celan o de Wallace Stevens, respondía presto con sendas líneas de Machado, Borges o poetas menos conocidos del Río de la Plata o Andalucía. Se ganaba una buena vida sin siquiera salir de casa. No utilizaba armatostes electrónicos de ningún tipo: libros, papel, lápiz y memoria. Raramente compraba un libro nuevo. El más nuevo de su biblioteca había sido publicado en 1960.

Los ensayos eruditos en revistas en inglés empezaron a incluir citas de habla española. Cervantes, Ortega y Gasset y Borges dejaron de ser los únicos nombres castizos que sabían pronunciar los sesudos intelectuales europeos y estadounidenses. Un día, sin embargo, don Ignacio recibió un pedido insólito. Debía procurar un eco para un párrafo en inglés que le



había sido enviado sin autor y sin más referencia. A pregunta de don Ignacio, informaron que el texto venía del ronco pecho de un afamado teórico literario de habla inglesa cuyas contribuciones «epistemológicas» [sic] eran incontables, seguidor tardío de Heidegger y de los estudios sobre esto y lo otro, mismos que don Ignacio no solo ignoraba sino que le resultaban indecifrables. El párrafo en cuestión era largo, pero solo contaba con dos oraciones, 35 comas, ocho paréntesis, cinco guiones, infinidad de adjetivos virados en sustantivos y dos verbos cuyos efectos no quedaban claros ni en cada oración ni en el párrafo. Don Ignacio buscó paralelo en algo de Baltasar Gracián y en un verso de Góngora, en alguna línea larga de Azorín, en cierto enigma de Sor Juana, en un esperpento de Valle Inclán y en lo equivalente de Gómez de la Serna. Encontró algo mínimamente igual en un texto filosófico de un oscuro pensador peruano del siglo XIX. Pero nada que se pareciera, al menos en la forma, al párrafo enviado. No obstante, la memoria de don Ignacio tenía sus recursos.

Se leía lo siguiente en la página 123 del artículo publicado por el sesudo teórico —como que mereció el premio anual de The Modern Language Association y solo se explica, no aguanta traducción—:

...What I aim at complicating is the ethnocentric narrativity of suffering in Western literature which essentializes sadness through the hegemonic malessing of female alternative pain through the juxtaposition, that is, through the dominant sexual performativity

of the male phallic pain —seen as coitus negation or coitus interruptus whereas it is simply female resistance— vis-à-vis the invisibility of women’s capability of multi and post (or/and)gasms. Non western, non canonic, notions of pleasure furnish us narratives of non-invasive eroticism —or should we say not belonging to a penetration-centric episteme. A simple but thick line from a mestizo nonwestern, Alfonso Reyes, puts this negation in his counter-hegemonic alternative view of Afro Cuba, in which the mockery of Western orientalism becomes the affirmation of Cuban black desire:

No es Cuba —la que nunca oyó Stravinsky  
concertar sonos de marimbas y güiros  
en el entierro de Papá Montero,  
ñáñigo de bastón y canalla rumbero.

But an anonymous Afro-Cuban «danzón» condensed this narrativity of post-phallogentric notions of suffering through un-western traditions of coyness and coitus solicitation, alas with hyperbolic reference to divine powers —perhaps derived from the rich Budu Cuban tradition:

¡Ay Fefita por Dios, no me hagas sufrir!  
¡Ay Fefita por Dios, no me hagas sufrir!